



La musa inclemente

ADOLFO CASTAÑÓN

I

A lo largo del siglo xx florecieron en forma todavía poco estudiada las letras en todas las Américas y en particular en Hispanoamérica. La poesía, la narrativa, el teatro y el ensayo, y en particular en el rubro del ensayo y del pensamiento se desarrollaron expresiones muy diversas y en distintos campos. Aunque podría decirse que esas expresiones cubrieron casi todos los campos del conocimiento, debe constatarse que en el renglón de la crítica literaria, del ensayo y de la crónica alcanzaron solvencia y madurez. El racimo de los nombres-raíz y obras de los Borges, Reyes, Henríquez Ureña, Lezama Lima, H. A. Murena tuvo una sucesión en los nombres de Octavio Paz, José Bianco, Raymundo Lida, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Emir Rodríguez Monegal, Danilo Cruz Vélez, Ángel Rama, José Luis Martínez, Antonio Alatorre, Pedro Lastra, Luis Loayza, Jorge Aguilar Mora, Guillermo Sucre, Saúl Yurkievich, Marta Traba, Juan García Ponce, Tomás Segovia, entre otros. A ellos sucedió una brillante generación de ensayistas y lectores como Noé Jitrik, Julio Ortega, Jorge Ruffinelli, Margo Glantz, Enrique Pezzoni, Roberto Fernández Retamar, Raúl Dorra, Renato Prado Oropeza, Martha Canfield, Darío Ruiz Gómez, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Gabriel Zaid, José de la Colina. Sitúo en ese panorama, en forma eminente y sobresaliente, el nombre de Juan Gustavo Cobo Borda.



II

El nombre de Juan Gustavo Cobo Borda me fue familiar desde que podía yo contar mi edad con los dedos de las manos y sus sombras. Era el secretario de redacción de la revista *Eco* y llevaba bien el estandarte de su función: hacía crítica y ensayo, reseñaba, daba su punto de vista sobre los puntos de la actualidad y publicaba poemas. Leo en un poema publicado en junio de 1972, un poema que en cierto modo da cartas credenciales a la lealtad de su vocación, titulado “Nuestra herencia”:

La dulce dicha de la adolescencia
y el inadvertido paso hacia una
 madurez deseada,
nunca obtenida del todo, siempre
 amenazante
como un cheque sin fondos.
 Las convenciones
rechazadas con una energía en
 especial, casi excesiva,
y esos hábitos más antiguos que ya
 nunca nos abandonan;
sonreír y dar la mano,
pronunciando nuestro nombre ante
 cualquier ilustre
desconocido.
En verdad, solo viejos odian
 con razón.
Solo ellos han hecho el duro
 aprendizaje
de la trampa doméstica. Así valoran
la insidia utilizada por sus mejores
 amigos,
su mujer y sus hijos, para derribar tan
 robusta salud.
Oponen, entonces, un aire paternal
a la usura de los días. La piadosa
 ironía
de esos lugares comunes que
 denominan su filosofía:
“No hay ignominia peor que la
 juventud,
máxime en países como los nuestros
donde el trópico devora de generación
 en generación”.

Y es ésta una convicción tan profunda
que solo así logran llegar inmunes
al tumultuoso desorden de la fiebre,
la hora llena de flemas,
escupiendo sangre y maldiciones,
mientras las visitas comienzan a
 retirarse,
en voz baja, y reanudan su charla
 en la habitación
vecina:
pésame y condolencias.

III

Juan Gustavo tenía menos de 25 años cuando publicó este poema. Era secretario de la revista *Eco*. Su precocidad y madurez causaba el asombro de sus mayores y le abrió de par en par las puertas de la ciudad literaria a la que él supo cuidar y cultivar a través, en primer lugar, de su obra poética y ensayística, y en un plano complementario a través de sus tareas como promotor, bibliotecario, antólogo, editor, curador de exposiciones, jurado y conjurado crítico de artes plásticas, entrevistador y aliado y compañero de la causa de la letra en Hispanoamérica con desinterés, generosidad y sentido crítico y autocrítico. Estos pasos por la ciudad de los nombres no pasarían inadvertidos. Cobo Borda se fue transformando con el tiempo en un personaje, en un condimento, pero también en una vianda casi natural en las cocinas de la letra en América. Sus lecturas jubilosas y sagaces de Borges, Bianco, García Márquez, Mutis, Paz y de algunos otros autores forman parte de la memoria y del legado de las letras americanas, los secretos y claves de cuya *Herencia* conocía desde muy joven y podía dar *Consejos para sobrevivir* en una América estremecida por la violencia y el analfabetismo.

IV

Al igual que Octavio Paz, Eugenio Montejo, Alejandro Rossi, Juan García Ponce, Juan Gustavo tuvo la fortuna de tener un guía

que le dio luz y horma a su estilo. Me refero a José Bianco, de quien Cobo estuvo cerca en sus años de Buenos Aires y cuyo aliento ha sabido transmitir no solo en las hermosas páginas que le ha dedicado, sino en su oficio de lectura gustosa, guiada por el placer del texto mucho antes de que esta expresión pasara a ser un título y una carta de creencia del escritor francés Roland Barthes, traducido, por cierto, por José Bianco.

V

Hace algunos años escribí una reseña sobre el libro *La musa inclemente* de Cobo Borda:

**El umbral presentido
de Juan Gustavo Cobo Borda**

Leíamos el nombre de Juan Gustavo Cobo Borda en las páginas de la revista colombiana *Eco*, allá por los años setenta, junto a los de Ernesto Volkening, Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez, Octavio Paz, Eduardo Carranza, Fernando Charry Lara, Jorge Luis Borges, José Bianco. Nos imaginábamos que este hombre que se llamaba cuatro veces y que escribía impetuosos y deslumbrantes ensayos era uno de esos letrados andinos de rancia prosapia montuna, un hermano menor de Germán Arciniegas, acaso un compañero de estudios del crítico e historiador venezolano Mariano Picón-Salas. Un día de 1984 en aquel despacho tapizado de libreros de cedro de don Jaime García Terrés en el Fondo de Cultura Económica —un despacho lleno de libros y que más bien parecía un camarote de barco—, apareció, precedido por el heraldo de su voz, un gigante joven y alegre, mezcla de Gargantúa y Gulliver. Yo me pregunté si esa especie de conde Keyserling andino (Keyserling —recordémoslo— era un gigante que solo bebía champaña y comía ostras como Isak Dinesen) podía ser el Juan Gustavo Cobo heredero de los condes de Borda que plantaron el célebre jardín de Cuernavaca donde Maximiliano de Habsburgo convivía con faunas exóticas y tropicales. Sí, sí era; el mismo, era él.



Traía bajo el brazo los originales entre fotocopias y manuscritos de la *Antología de poesía hispanoamericana* que publicaría el Fondo de Cultura Económica en 1985. En ese momento, yo solo pude ponerme nervioso y angustiado: ¿cómo era posible que Sainte-Beuve fuera criollo y, además, tan joven y tan definitivamente encantador, casi mágico? La lección que desprende esa legendaria antología que durante muchos años Juan Gustavo —nombre compuesto que recuerda a los reyes suecos— se ha negado a reeditar, va a contrapelo de la calvicie académica. Hay ahí un raro oficio de lector —para evocar a Baldomero Sanín Cano—: el arte de un lector que sabe leer poesía con todo el cuerpo, y sacar al poema toda su médula para ir trenzándola junto con las de otros poemas. La sintaxis de Cobo era real porque era extraordinaria; y es arriesgada porque es generosa.



La *Antología de la poesía hispanoamericana* de Juan Gustavo Cobo Borda resultó ser un hito en la poesía hispanoamericana contemporánea: en ella convivían premonitoriamente Juan Gelman y Alejandra Pizarnik, Eugenio Montejó y Rafael Cadenas, José Emilio Pacheco y Giovanni Quessep. Y su tela solo podía haber sido urdida por un poeta urgido por una necesidad interior y a la vez sostenido por la lúcida templanza del que sabe poner cada prosa en su lugar y buscar el sitio apropiado para cada juglar.

Pero ¿quién era ese poeta que había decidido iniciar su travesía desde el ensayo y la crítica y que había preferido darnos sus canciones de inocencia y santidad después, pero solo después de haber mostrado que había sido capaz de masticar el muérdago y la cicuta de la crítica?

*La musa inclemente*¹ abre sus puertas a esa respuesta. *La musa inclemente...* el título evoca desde luego a aquella hermosa dama despiadada —*belle damme sans merci*— de John Keats; es la diosa cruel, la única, la diosa blanca implacable de los bardos. ¿Por qué inclemente? Los poemas de Juan Gustavo Cobo Borda son poemas de amor, versos que andan en el camino de la religión del amor, donde la semilla amorosa plantada por la presencia amada arboresce en el triunfo imitado del poema como en Petrarca o en Dante y, más cerca, entre nosotros, como en López Velarde y Eduardo Carranza, como en Octavio Paz y en Giovanni Quessep. Al igual que este, Juan Gustavo pertenece a la estirpe artúrica de nuestra literatura. Esa estirpe de piedra y cielo, ese linaje de caballeros andantes de la palabra sabe emprender la conquista del mundo al amparo de esa musa inclemente a partir de la circuncisión del corazón y andando sobre el filo de la navaja que son los sentimientos: “toda musa es un pretexto para callar en compañía”. Gracias a la musa de Juan Gustavo Cobo Borda es posible, de nuevo, compartir el silencio.

Ulises vuelve a casa (17-18)

Arrugas en tu cuello
mientras un remoto hábito de tabaco
marca piel y labios.
El tiempo pasa y desgasta, inexorable.
Pero cuando percibo
en una ráfaga instantánea
no disminuye
el dichoso empecinamiento
al volver a ti.

Lúcido sonámbulo
exploró valles y hondonadas.
Esos dominios
donde la sumisión
se acepta encantada.

El peso de quien también usado
obtiene la dicha
a la vez rabiosa y plácida.
¿Qué digo? Digo la confianza.
La complicidad
que llega
hasta el tembloroso límite de lo
inexpresable.

La dicha rasga el pecho
y un tembloroso vuelo
de ave acezante
obliga a cubrarnos
con las desnudas alas de los brazos.
Esas alas que tantas veces se han
tendido
por encima del ronco océano
y sus monstruos falaces

La blanca diosa (19-21)

Los capitanes de barco
se jubilan a orillas del mar
para continuar percibiendo
el salado perfume de las Sirenas.

Así los hombres
fantasean con su deseo,
pero aquella mujer,
sombra en las axilas,
vientre que ha parido,

es de nuevo una adolescente
que camina descalza sobre la arena.

Todo ello en la misma ciudad
donde los árboles producen
frutos de oro
y los gatos
son divinidades sinuosas
con mirada de hierro.

Atraviesa la limpia noche
sin estrellas
un pensamiento
y se ahínca
en ese llamado perentorio
por el cual Helena sigue a Paris
y otea ya el rojo de los incendios.

Del mismo modo
que las sobrecogedoras montañas de
Delfos
se remansan luego
en las playas dulces de Itea
es necesario abrir tumbas
y hollar cementerios
para extraer de allí
el blanco violín de mármol
de una diosa de Galaxidi.
Con su sangre ese
mármol fertiliza la tierra.

El mismo sol
que iluminó a Sócrates
cuando dialogaba sobre la belleza
ilumina esos ojos escépticos, risueños.
Dejan atrás *l'ennui*
aletargado de la decadencia.
Sienten el asombro

con que el agua de la fuente
endulza
al atolondrado palpitar
de un pecho que se refrena.

La pasión es buena
en pueblos somnolientos
donde toda la energía
se encauza
en aplastar insectos.

Cobo Borda se fue transformando
con el tiempo en un personaje,
en un condimento, pero también
en una vianda casi natural en
las cocinas de la letra en América.

Obras de Juan Gustavo Cobo Borda

- *Consejos para sobrevivir*, poesía, Ediciones La Soga al Cuello, Bogotá, 1974.
- *Mito, 1955-1962*, ensayo, Colcultura, Bogotá, 1975.
- *La alegría de leer*, ensayo, Colcultura, Bogotá, 1976.
- *Salón de té*, poesía, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1979.
- *La tradición de la pobreza*, ensayo, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1980.
- *Casa de citas*, ensayos, Caracas, 1981.
- *Ofrenda en el altar del bolero*, poesía, Monte Ávila, Caracas, 1981.
- *La otra literatura latinoamericana*, ensayo, El Áncora; Procultura-Colcultura, Bogotá, 1982.
- *Roncando al sol como una foca en las Galápagos*, poesía, Premia, México, 1983.
- *Todos los poetas son santos, e irán al cielo*, poesía, El Imaginario, Buenos Aires, 1983.
- *Historia portátil de la poesía colombiana*, ensayos críticos, 1984.
- *Obregón*, ensayo sobre el pintor Alejandro Obregón, Editorial La Rosa, Bogotá, 1985.
- *Letras de esta América*, ensayo, Universidad Nacional, Bogotá, 1986.



- *Arciniegas de cuerpo entero*, ensayo, Planeta, Bogotá, 1987.
 - *Almanaque de versos*, 1988.
 - *El beso de Dios*, con 22 ilustraciones, 16 aguafuertes y 6 litograbados del pintor colombiano David Manzur, 1988.
 - *La narrativa colombiana después de García Márquez*, ensayo, Tercer Mundo, Bogotá, 1989.
 - Álvaro Mutis, Procultura, Bogotá, 1989.
 - *Dibujos hechos al azar de lugares que cruzaron mis ojos*, poesía, Monte Ávila, Caracas, 1991.
 - *Poemas orientales y bogotanos*, 1992.
 - *La mirada cómplice*, ensayo, Universidad del Valle, Cali, 1994.
 - *El coloquio americano*, ensayo, Universidad de Antioquia, Medellín, 1994.
 - *El animal que duerme en cada uno*, poesía, 1995.
 - *Desocupado lector*, ensayo, 1996.
 - *Furioso amor*, poesía, El Áncora Editores, Bogotá, 1997.
 - *Para llegar a García Márquez*, ensayo, Tercer Mundo, Bogotá, 1997.
 - *Para leer a Álvaro Mutis*, ensayo, Espasa, 1998.
 - *Borges enamorado*, ensayo, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1999.
 - *La musa inclemente*, poesía, Tusquets, Barcelona, 2001.
 - *Mis pintores, ensayos sobre 15 artistas colombianos*, Villegas Editores, Bogotá, 2002.
 - *Lengua erótica. Antología poética para hacer el amor*, Villegas Editores, Bogotá, 2004.
 - *Lector impenitente, selección de sus ensayos*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.
 - Ignacio Gómez Jaramillo, ensayo, Villegas Editores, Bogotá, 2005.
 - *Cuerpo erótico, antología de poesía erótica hispanoamericana*, Villegas Editores, Bogotá, 2006.
 - *Lecturas convergentes, paralelo entre García Márquez y Mutis*, Taurus, Bogotá, 2006.
 - *Historia de la poesía colombiana. Siglo XX*, Villegas Editores, Bogotá, 2006.
 - *Mirar con las manos*, poesía, Fundación El Libro Total, Bucaramanga, 2006.
 - *Fernando Botero. La plenitud de la forma*, ensayo, Panamericana Editorial, Bogotá, 2007.
 - *El olvidado arte de leer*, crítica literaria, 2008.
 - *Poemas ilustrados*, con ilustraciones de Ana Patricia Palacios; Tragaluz Editores, Medellín, 2008.
 - *El primer José Asunción Silva: Intimidades 1880-1884*, Fundación El Libro Total, Bucaramanga, 2009.
 - *Los poetas mienten*, poesía, Fundación El Libro Total, Bucaramanga, 2009.
 - *Cuando papá perdió la guerra*, Fundación El Libro Total, Bucaramanga, 2010.
 - *Poemas recientes*, Fundación El Libro Total, Bucaramanga, 2011.
 - *Poesía reunida (1972-2012)*, Tusquets, Barcelona, 2012.
- Este artículo se terminó de escribir el 31 de marzo de 2018, fecha del aniversario del natalicio de Octavio Paz. **U**

Adolfo Castañón (México)

(1952). Poeta, ensayista, traductor, editor y crítico literario. Entre su obra publicada destacan *El pabellón de la límpida soledad* (1988), *Arbitrario de la literatura mexicana* (1993), *América sintaxis* (2005), *Viaje a México* (2008) y *Alfonso Reyes, caballero de la voz errante* (ed. aumentada, 2013).

Nota

¹ Editada por Tusquets Editores, Marginales 195. *Nuevos textos sagrados*. Colección dirigida por Antoni Marí, Barcelona, 2001, 106 pp.